

Mari Patxi Ayerra. "LA ENFERMEDAD: DEL QUEJIDO AL ENCUENTRO".

Hola a todos, ha sido un placer poder hacer la crónica del acto del día 24 de enero porque he vuelto a oír todo lo que Mari Patxi compartió con nosotros, y todo ello es un precioso e impresionante canto a la vida. Por otro lado me ha resultado difícil hacer la crónica porque hubiera transcrito todas sus palabras y, he necesitado abreviar pero intentando no perder su mensaje. Bueno ahí va para todos, sólo pido la benevolencia de la audiencia.

Graciela Amo nos presenta a Mari Patxi Ayerra: *"mujer casada, con 3 hijos y con 3 nietos. Ella, contemplativa en la acción, es transparente, ve y demuestra a Dios en todas las cosas que no para de hacer. Pertenecía a la comunidad que acompañaba Goyo. Trabaja mucho con D. Alexandre, da charlas, ejercicios, escribe muy bien y mucho, siempre sobre Dios. Sentada con nosotros imagino a Goyo hoy con nosotros."*

Toma la palabra M^a Patxi: *"Hola, no es para tanto , Graciela estaba comprada. Lo que voy a hacer es contar experiencias. Quería envolver en teorías lo que he vivido, para quedar bien, pero la vida no está hecha de grandes conceptos. Voy a hablar de mis adentros, de cómo vivir la enfermedad."*

Todos estamos tocados de enfermedad, sobre todo pasando de la juventud. Está mi enfermedad y la de los otros, la de los otros es la que nos hace sufrir más, porque mi enfermedad me la manejo yo mejor. Cuando llega la enfermedad a la vida de uno, te descoloca, te rompe todos los planes, pone enfermos a los de alrededor, toda la familia está enferma de desasosiego, de preocupación. Hace 5 años empecé con problemas de memoria, paralizándose partes, mi disco está fastidiado, vamos. Como el circuito que he cogido esta mañana de la calle que lo he metido al friegaplatos y se lo he llevado al médico que me iba a poner un tratamiento. Con el circuito pensaba que así de complicada es la mente humana y que así estamos en brazos de Dios. Cuando se te rompe la salud dejas de funcionar y pierdes el control de tu vida. Notas que eres aguafiestas, que no das la talla, no puedes llevar una agenda, necesitas armarte de paciencia, se desencadena un proceso: primero lo rechazas, te da pena, y luego viene el dar gracias a Dios, la aceptación. Cuando te toca a ti o a los de tu alrededor notas que no es lo mismo cuando se vive solo que cuando se vive con Dios. Con Él es mucho más fácil.

La experiencia de Dios se suele contar poco, pero es con lo que más nos ayudamos a vivir unos a otros. Y en cuestión de contar yo quiero comunicaros hoy de la siguiente forma:

La comunicación yo la comparo a una manzana, y esta tiene tres partes:

Una superficial: sería de cáscara a cáscara (nuestra oración es así muchas veces). Estamos continuamente en esta comunicación.

Otra profunda: sería la parte que me como, la pulpa. Nos comunicamos desde más adentro, desde como somos.

Otra la íntima: que son las pepitas, lo más pequeño. Es cuando enseñas tus pequeñeces, tus tacañerías. Esta forma es como hoy yo quiero contaros cómo vivo mi enfermedad.

Pues bien, con Dios la vida es diferente. La gente dice la vida es lucha -¿qué tal vas? Pues tirando-, y desde Dios no podemos ir tirando, tenemos que ir recogiendo. La vida es una historia apasionante de amor. Jesús nos invita a tener una historia fuerte de amor con cada uno, y así (gráficamente de nuevo nos presenta cómo no le gusta representar a Dios como el ojo que todo lo ve sino como un corazón) creo en el Dios que nos quiere hasta... y entonces Dios te habla al

corazón, y te va inflamando tu corazón, y te hace que te quieras a ti muchísimo y nos lanza a contárselo a los demás. Pero ¿qué pasa cuando uno está pachucho? Pues si esto se te interrumpe se te ha fastidiado, pero hay que seguir con la comunicación profunda con Dios.

Para tener una comunicación íntima con El, que sanee, hace falta tiempos de silencio total, cuando tienes de verdad esos espacios, te pones mejor. Y algunas veces por las carreras de la vida la enfermedad te echa freno, y te obliga a tener más tiempo para uno, y eso supone más tiempos para el encuentro con Dios.

Vivir la enfermedad, el deterioro, acompañado por El, es todo más fácil. Dinamiza mis recursos personales, no me pone en contacto con el problema, sino que me pone en contacto con la solución. Puedo estar dándome pena, pero la autocompasión no genera salud. En esto viene muy bien el evangelio "cada día trae su propio afán". Tener nostalgia de cómo estábamos antes, no es sano, porque siempre estaremos peor, "envejecer es obligatorio, aunque crecer es opcional". A mí la enfermedad me ha hecho crecer, porque la enfermedad vivida como oportunidad resulta que con Dios lo pequeño se hace grande y lo grande pequeño. Soy importante no por lo que hago sino por lo que soy.

La calidad de mi vida es según la calidad de mis encuentros, con las personas con las que voy viviendo la vida. Me hago más sensible a las personas de mi alrededor, a su ternura. Es impresionante ver la ternura de la gente cuando pasa algo, en una situación difícil, trágica la gente saca su ternura, luego decimos que somos malos, pero ¡como es la gente de buena! Como pasó el 11 de marzo que fue el canto a la ternura de la humanidad en Madrid. Pues yo noto que siento ternura alrededor de mí.

La actitud de no comunicar una enfermedad para no dar dolor a los otros, les priva a los otros de la capacidad de cuidarte, y sufrir contigo. El dolor es vida, y con el dolor se aprende a vivir. Con mi enfermedad mi familia y amigos han aprendido a desarrollar más la ternura. Restringir el amor no es una actitud cristiana. Todo lo que genere amor es bueno, lo tenemos que potenciar, y las limitaciones y la fragilidad es una forma más de aumentar esto. Eso lo va haciendo Dios con nosotros, sacar de nosotros lo mejor, en la dificultad, en la enfermedad, se desarrollan en unas capacidades que creía que no tenía.

Dios nos pone en contacto con lo mejor de nosotros mismos. Yo escribo más, desde que estoy enferma, y mejor, porque me quito un poco el sentido del ridículo, porque no hay que guardarse las cosas, el cariño que no digas hoy, caduca. La enfermedad te hace perder el sentido del ridículo y tengo que saborear el cariño de los otros. Cuando uno está en buena relación con Dios cabe el entusiasmo vital, a pesar de la enfermedad, porque se te pasan los complejos, no podemos decir que no valemos, porque el "Señor ha hecho en mí maravillas". La enfermedad te ayuda a ser osado. Dios también te ayuda a vivir más el abandono, la medicina falla, estamos en manos de Dios y Él ya lo sabe.

Vivir la vida en plural es el secreto de la felicidad. Somos personas habitadas, no estamos solos. Dios es el que queda cuando todos se van, por eso hay que saber disfrutar de su compañía. Por eso en vez de estar echándonos a la espalda los problemas o la enfermedad de un hijo, hay que ponerlo en sus manos, en la actitud del que sabe que nuestra vida está entretejida por las manos de Dios. Pero vamos a actuar como que todo depende de nosotros, pero luego vamos a descansar como que todo depende de Dios (con un dibujo nos enseña como vamos cada uno llevando el carro de la vida con todos sus problemas, la gente y vamos doblados y tristes con tanta responsabilidad, pero Jesús dice que "si no os haceis como niños no entrareis en el Reino de Dios" y el nuevo dibujo es un carrito de coche con todo lo que antes llevaba pero que se lleva fácil y derecho, "sin escoliosis", descansando en Él).

Y hay que tener esta actitud y también tener sentido del humor, es una cualidad muy importante. Es una cualidad del amor. En vez de enrollarme en mí mismo como un yo-yo, me voy a lanzar a la vida, a querer, y así mi vida tiene sentido. Si le dejo a la enfermedad que me

gane la partida hago una historia de egocentrismo, si sé relativizar y estando enfermo intento estar contento, tengo dolor pero no sufrimiento. El sufrimiento es la resistencia a lo que ocurre. Cuando lo aceptas dejas de sufrir. Dejar que lo que pasa pase, si no, el sufrimiento te roba las energías. Ponerme en manos de Dios es lo que a mi hace disfrutar con esto.

A mi me gusta cuando me despierta el dolor hacer un recorrido mental por las cárceles, las prostitutas, y noto como que Dios me vuelve el corazón universal y se me vuelve lo mío pequeño. Eso es un recurso que a mi me sana mucho, y creo que tiene que ver con el vivir al estilo de Dios. Le digo Señor sácame de lo mío, cámbiame mi corazón de piedra por uno de carne que palpita por los otros.

También en el dolor del otros, estar contento ayuda más. Lo importante es quedarse con aquello que vale, ocuparse, hacerlo lo mejor para la otra persona, captar lo que necesita, pero luego no llevártelo puesto. Y Dios cuanto menos hago yo, más hace él. Suelto las riendas de mi vida, y al dejar de hacer cosas, noto que es una cura de humildad, porque, normalmente, uno es lo que hace, por ejemplo me siento valiosa cuando invito a mi casa, pero dejarme invitar, tengo que hacerlo, me cuesta, pero tengo que dejar de hacer cosas.

Son momentos de recibir. Recibir de mi marido, que se ha jubilado para hacer de puericultor mío. Aceptar la debilidad. Cuanto más débil yo, Dios se hace más fuerte en mí. Vivir la vida en plural, me hace vivir la vida más plena. Es como un cheque en blanco a Dios. Dios hace brotar con la enfermedad lo mejor de mí, en tiempos malos me sorprende que tengo una capacidad secreta de sentido del humor. El sufrimiento aprende a madurar la ternura. Hoy lo pensaba yo con el médico. Sentirme desvalida me ayuda a comprender desvalimientos de otros. Me alegro cuando me sano, y cuando otros me sanan, me ayudan, los amigos y la gente con la que trabajo, en clima e comunicación profunda me ayudan a encender mis oscuridades.

Esta vulnerabilidad me hace misericordiosa. La enfermedad rompe una cosas pero crece otras. Impone una pasividad actividad. He tenido que estar enferma para encontrar los tesoros que tengo en mi interior. Vamos tan corriendo que no los encontramos.

La enfermedad es una llamada también a la interioridad. Deja el mundo de fuera, deja ya de correr. Es una llamada a vivir para dentro. Podemos vivirlo como un fracaso porque no somos productivos, estamos en un mundo en que sólo se valora lo productivo, pero estando en casa estás como genera un bebé, risas y ternuras alrededor, igual genera un enfermo. Un enfermo trae alrededor cosas bonitas para todos.

El tiempo de enfermedad es un tiempo para abandonarte en Dios, es como si te llevaran en una moto, te agarras y te tienes que inclinar con las curvas porque sino te llevas un morrón, pues igual te tienes que inclinar por la vida, dejar que lo que pasa, pase, no resistirse. Cuando vienen los pensamientos de resistencia me inmovilizo. La pena es malísima, y el miedo también. ¿miedo a qué? A que te mueras, a que te lleven a un psiquiátrico..., Bueno, pues tendremos que prepararnos para tener la humildad suficiente, que nos dejemos cuidar con sencillez y nos dejemos deteriorar con sencillez. Irá llegando el deterioro y cuanto más triunfadores somos, más nos cuesta aceptar el deterioro. Vive la enfermedad como una experiencia religiosa, con Dios y con los demás. Son oportunidades para ponerse en contacto con lo importante.

La enfermedad me hace vivir en zigzag, un día vivo bien y otro mal. Vivir eso me ayuda a ir curándome la sencillez. Es bueno que salgamos de casa por la mañana bien amados, habiendo tenido mi ratito con Dios, y si estamos enfermos y somos el enfermo, dejemos a los otros salir de casa, que noten que les necesitamos y que son importantes para nosotros. Así todos nos hacemos sentirnos importantes.

Pero hay gente que niega la enfermedad, que te pregunta cómo estás pero se responden ellos mismos sin dejar que tú te expreses. El enfermo también necesita que se le escuche. El enfermo está asustado y necesita contarlo. Hay que escucharnos y facilitarnos el camino. Hay que aprender a compartir lo que nos ayuda, sin negar nada. Nos faltan habilidades para preguntar

cómo estás y para compartir. Vamos a ayudarnos a vivir mejor, vamos a aprender a colocarnos las bombonas de nuestra vida, como los scouts que aprenden a colocarse las bombonas en la mochila para que no les den en los riñones, pues igual vamos a compartir lo que nos ayuda, pero no vamos a negar. Otra cosa que se hace es, por no sufrir, no llamar. Mucha gente se retira, pero lo mejor que podemos hacer en la vida es acompañarnos unos a otros, y facilitarnos el camino.- Si tienes ganas de llamarme, llámame, dime cómo estás-

Darnos los unos a otros la libertad de vivir bien. Da más gusto decir que se está sano, que cuando estás mal. Qué pena a los que les asusta la enfermedad y se esconden. En la escuela deberíamos aprender inteligencia emocional para manejar los enfados, manejar la enfermedad y las dificultades y la muerte.

Yo esta temporada pasada he tenido momentos de pérdida de memorias, amnesias recientes. Y esto me asustaba mucho, si se me estropea el cuerpo, tengo la mente pero si se me estropea la mente..., yo tengo a Dios en la mente. Me moría de pena. Pero mi hijo me recordó , "cada día tu afán, pon cada día en manos de Dios, echa un recillo". Eso me da un gusto. Pero mi fragilidad no sé hasta donde llega, pero cuando no sepa yo quién es El, ya se acordará Él de mí, y lo que pase estará en sus manos. Si vivo de verdad desde dentro, sabiendo que soy una mujer habitada, Él me invita a vivir en armonía con la vida, aunque mi vida se deteriore. Mi misión es querer, y he nacido para querer, y puedo querer todos los días de mi vida, despierta y dormida.

Siento que Dios me libera de mis autocompasiones, me invita a sentirme más plena, a sentirme plenamente feliz, que tenga vida en abundancia, en la enfermedad también. Que sepa dar como un adulto y recibir como una niña, saborear más el presente. A mis hijos les decía que si pierdo la cabeza no se desesperen que me lleven donde sea, que sepan que vivo más en conexión con Dios. Quiero que mis hijos vivan así, siendo compasivos y agradecidos. El dejarme cuidar me ayuda más a vivir el estilo de Jesús. Vivir más la vida y la muerte, hasta que me encuentre en la camilla al lado de Él. Tengo que habituar mi cuerpo dolorido a la armonía interior. Las personas somos presente y memoria (de ayer y mañana). Si vivo en el presente vivo bien, pero la memoria me da nostalgia y me quita energía. Tengo que frenar la memoria del ayer y del mañana y vivir el presente. Aprender a vivir así con inteligencia emocional y sentido del humor. Así os he enseñado mi pepita desde esta mesa de notario.

Javier Tejedor: No se oye por ahí pero he tenido la suerte de al dejar de trabajar poder decir que no voy a hacer nada, sonreír a la gente y quererla. Esto lo has insinuado y es verdad, la preocupación de qué hacer, pero efectivamente es más importante el saber recibir que dar en estos momentos.

Juan Garay: Tu vida es de una santidad tremenda, quería preguntar si dialogas con Dios con crítica, si le pides más fuerza...

Mari Patxi: A veces me enfado con Él, pero poco, me enfado más por cosas como el Tsunami o por cosas que leo en el periódico, por como les duele la vida a los otros, no por mí. Yo tengo una vida preciosa porque vivo mi enfermedad con Dios, ¡qué pena los que no viven la vida con el Dios de la vida!

Jesús Fernández: Todo lo que tú has dicho es Verdad, todo lo que has transmitido.

Pepa Nieto: ¿cuando detectaste tu enfermedad ya tenías esa fe o ha sido a raíz de ella?

Mari Patxi: *No, ya teníamos amores de antes, yo noto que con los años mi historia de amor con Dios va siendo cada vez más fuerte y dinamizadora, me apasiona para querer y gozar. Antes era más pequeña y la enfermedad ha sido como una jugada maestra de Él para hacerse más hueco.*

Tere Aguilar: *Estoy entusiasmada con lo que has dicho y estoy totalmente de acuerdo con que se sobrelleva peor la enfermedad de otros que la nuestra. En mi experiencia con un hijo, cuando se tiene a Dios agarrado, la plenitud de Él es infinita y esto me hizo darle gracias después de esta experiencia.*

Recogiendo las palabras de nuestra Presidenta, Inés, a Mari Patxi: *“nos has aportado muchísimo, dando un soplo de optimismo y gratitud de la vida, y nuestro corazón está más alegre y lleno de pasión y de ternura”*. Gracias.

Un saludo a todos. Concha Yáñez Pino